

Felipe Garrido: el escritor profesor

Álvaro Matute

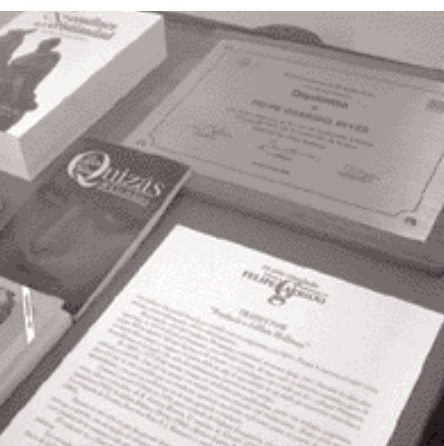
Cuando en los años sesenta algunos estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras que no estudiábamos literatura descubrimos en el pasillo a Juan José Arreola, lo seguimos hasta el tercer piso y entramos de oyentes a su clase. No nos arrepentimos y decidimos no perdernos una más en el semestre. Era asistir a un espacio donde la improvisación creadora se desarrollaba al máximo. Escucharlo era alimentar la imaginación a partir de constatar cómo podía pasar de una idea a otra y valorar el sentido que le daba a todas y cada una de las palabras que pronunciaba, con su educada voz de actor, su pronunciación francesa exquisita, cuando era el caso, en fin, fue una grata experiencia que lamentablemente no resultaba frecuente, porque su asiduidad como profesor dejaba mucho que desear. Tal vez especulábamos que su estilo asistemático se podía dar por ser escritor. Axioma falso, porque había y sigue habiendo muchos escritores profesores que sí atienden los requisitos de la asiduidad y la sistematicidad, es decir, le dan estructura a sus clases, seguimiento a sus temas y, lo mejor, aprovechan sus recursos creativos para darle más vitalidad, interés y gusto a sus clases. No quiero dar la idea de que Arreola fuera caó-

tico, nada de eso. Su plática era envolvente y sí tenía estructura. Lo que no aparecía claro era el tema aparente, dado que recreaba uno profundo a partir de cuanto ejemplo venía a su mente. Dicho tema era la poética. La clase era, además, una realización del acto poético por lo que comunicaba y cómo lo comunicaba.

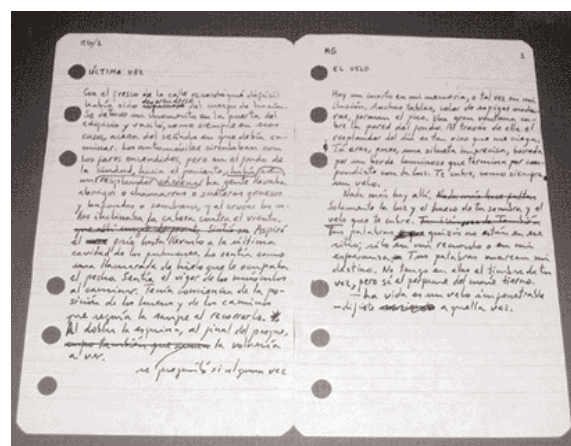
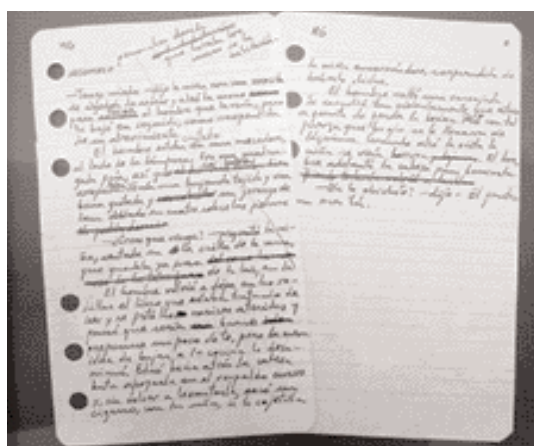
No creo haber escuchado más de dos o tres clases del autor de *Confabulario*, lamentablemente. Años más tarde las recordé cuando aparecía en la televisión, aunque se advertía el desgaste sufrido por la presión de la frecuencia. En fin, esta evocación parte de un extremo notable, excepcional, para llegar a algo que es más cotidiano: el escritor que acepta de buena gana ser profesor y que disfruta esa actividad y la comunica a sus alumnos. Debo aclarar, desde luego, que nunca he sido alumno de Felipe Garrido, que es en quien estoy pensando, pero me sobran testimonios para afirmarlo. Felipe es un escritor profesor que ha dado muestra de ese quehacer durante décadas, no sólo en este Centro de Enseñanza para Extranjeros, sino en otros espacios destinados también a connacionales.

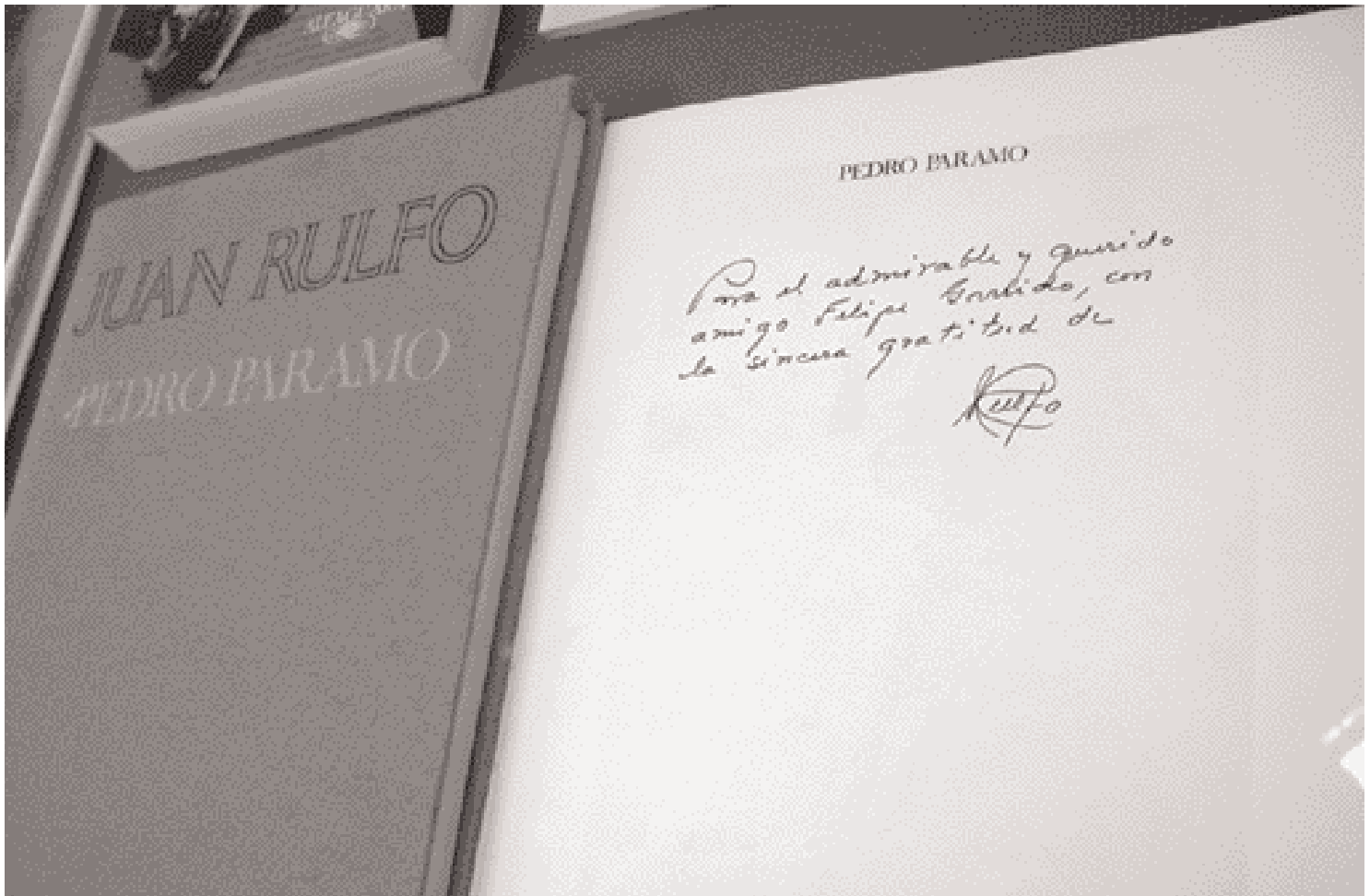
Cuando me hice cargo de la dirección de la Escuela para Extranjeros, pronto rebau-

tizada con su nombre actual, destacaba entre la planta de profesores de literatura el nombre de Felipe Garrido, a quien no conocía personalmente, pero de quien había leído *Viejo continente*, en la colección Sep Setentas, libro que me gustó porque me permitía cotejarlo con mis propias percepciones de viajero juvenil, no sólo inéditas, sino jamás escritas. Como no podía ser de otra manera, pronto establecimos una muy buena relación fortalecida por sus visitas a la dirección después de su clase tempranera. En alguna ocasión traía la misión de defender la calidad de los resultados de las maestrías que aquí se impartían y que contravenían el Reglamento General de Estudios de Posgrado de la UNAM, al ser impartidas por profesores sin grado o título superior al de bachiller, como dice la legislación. Felipe interpuso sus buenos oficios mostrándome la tesis de un canadiense, Alan Paul, dirigida por él y que había alcanzado los honores de ser publicada en la Colección Popular del Fondo de Cultura Económica. La tesis partía de una idea de Marshall Mac Luhan y consistía en trazar un eje que partía de Toronto y llegaba a Buenos Aires, pasando antes por Comala y Macondo. La originalidad y la buena cali-



Diplomas, libros y cuadernos de notas





Dedicatoria de Juan Rulfo a Felipe Garrido

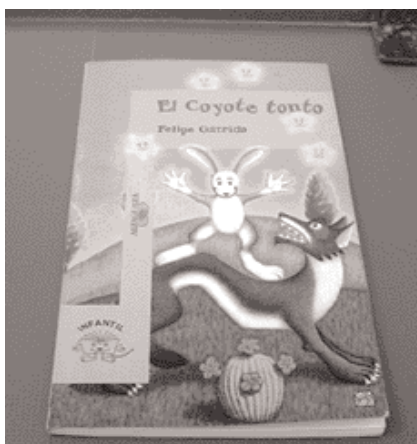
dad del trabajo no sólo acreditaba a su autor, sino al Centro como una institución solvente. Sin embargo, mi defensa de esa situación ante la Comisión de Trabajo Académico del Consejo Universitario no fue suficiente, pese a que les mostré el libro e hice una breve glosa de su contenido. El acuerdo fue que las maestrías deberían ser suprimidas.

Esa situación frustró a buena parte del profesorado. Lamentablemente, para reorganizar un posgrado había que contar con una planta de profesores no sólo titulada, sino graduada, lo cual fue difícil. Muchos

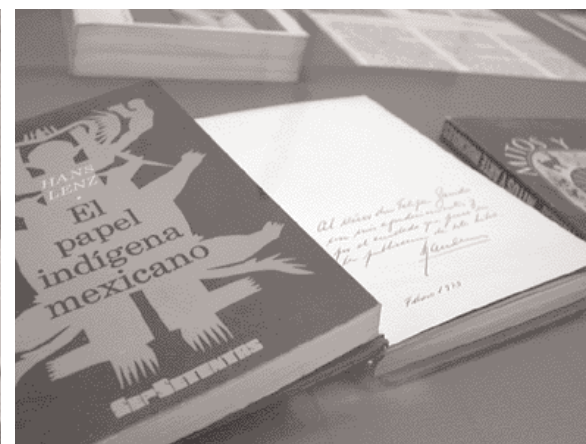
lo entendieron así, entre ellos Felipe Garrido, quien pronto presentó su licenciatura, con la anécdota previa de que se retrasaba la asignación de fecha de examen porque no entregaba su comprobante de traducción, siendo que acababa de obtener el Premio Alfonso x el Sabio, por una traducción suya a un agradable relato de la actriz Lillian Hellman.

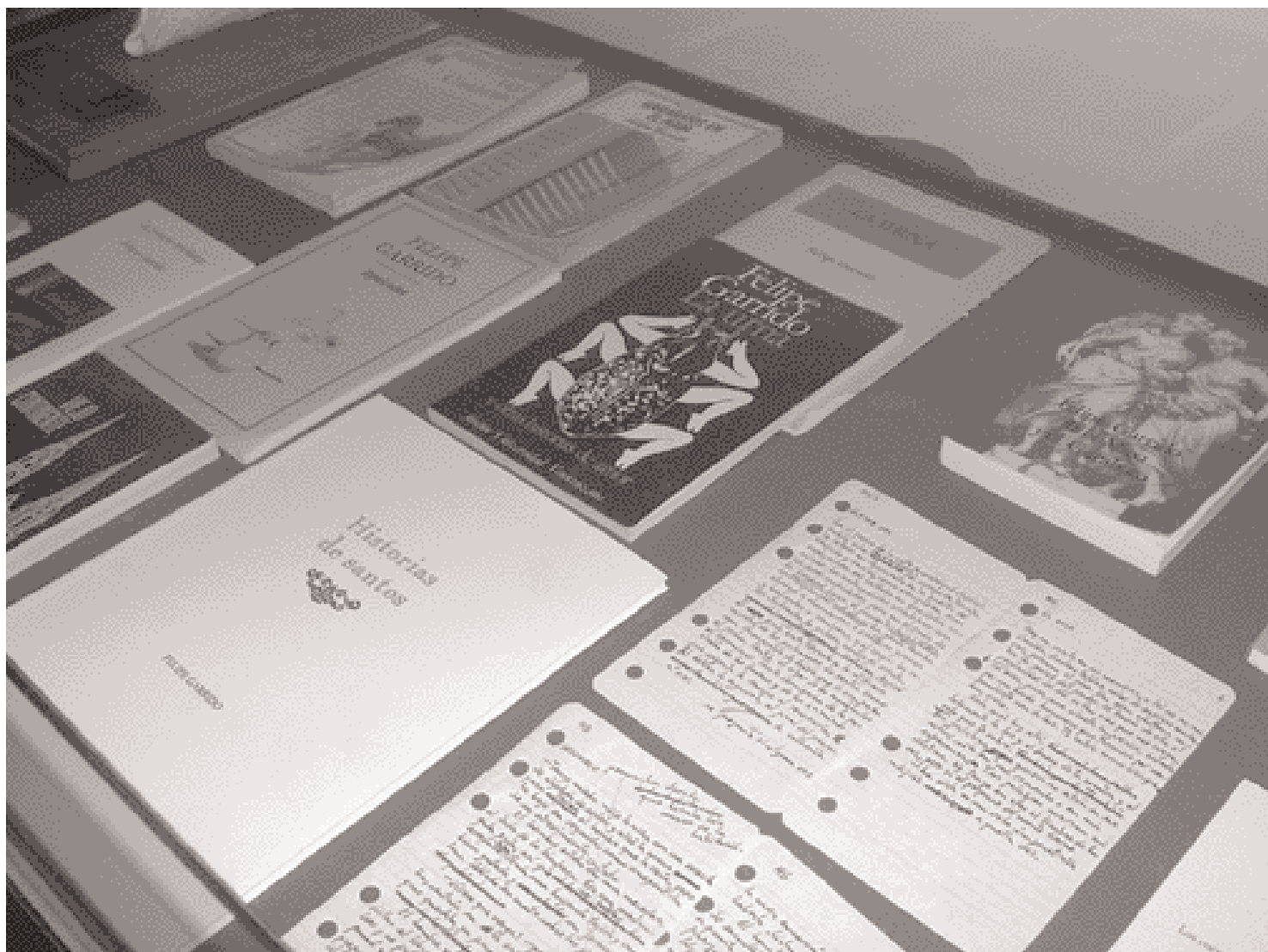
Ante esa situación el ahora llamado por sus siglas CEPE tuvo que reencauzar su trayectoria. Vinieron así los diplomados y las actividades que impulsé en torno al Ateneo de la Juventud y los ateneístas. Una de

las mejores respuestas que obtuve fue precisamente la del profesor Garrido. Además de impartir una conferencia sobre Julio Torri, formó parte del equipo que desde Radio Universidad difundió ante los radioescuchas vida y milagros de los miembros del grupo, asociación civil y generación que inauguró la historia intelectual del siglo xx mexicano. Esa experiencia común arrojó una complicidad. Una de las compañeras de viaje en esa aventura ateneísta fue Esperanza Garrido, hermana de Felipe. Ella se encargó de los pintores del Ateneo, Herrán, Zárraga y Diego. Habíamos acordado pu-



Libros propios y libros para todos





Libros y manuscritos

blicar nuestras charlas radiofónicas y cuando Esperanza nos indicaba que ella ya tenía listos sus materiales, Felipe y yo demorábamos. Por fin nos confesamos mutuamente la verdad. Conste que arriba me refiero a *charlas radiofónicas*, que eso eran. Por consiguiente, ya sea él o yo, utilizábamos el buen recurso de decir, “Y como dice don Alfonso en *Pasado inmediato...*” y ahí transcribíamos una cuartilla y media, o bien: “Vasconcelos recuerda que...” y lo mismo. Esto es, en radio era posible acudir a las memorias de los maestros del Ateneo, pero a la hora de redactar había que hacer las cosas de otro modo. Y claro, nuestras ocupaciones no nos daban tiempo para escribir como Dios manda nuestros ensayos. La única bien portada fue Esperanza, con lo cual las cuestiones de género anotaron un punto.

Una de las cosas que extrañé a partir de 1985, cuando dejé la dirección del Centro,

fue el café con Felipe Garrido, la conversación sobre libros, lecturas, cosas que pasan. Alguna vez nos reunimos a comer, pero no pudimos sostener el compromiso a causa de los muchos que nos surgían. Hace poco tuve el gusto de constatar que esas conversaciones pueden resurgir en cualquier momento. Nos encontramos en la terminal 2 del Aeropuerto para dirigirnos a Ciudad Victoria. Nos sentamos juntos y aplazamos nuestros proyectos de lectura para el viaje, tanto de ida como regreso, ya que nuestros anfitriones de allá, sin saberlo, nos colocaron en los mismos vuelos. Sé que con Felipe no hay punto final.

Pero, ¿qué decir de él como académico? Nunca fui su alumno, pero por sus conferencias, en persona o en radio, sé que quienes sí lo son o lo han sido, disfrutaban y han disfrutado a un profesor escritor que, a diferencia de Arreola, sí es asiduo y sí lleva un plan de clases, y que comparte con el

maestro su capacidad de evocación, de configuración de los autores, obras y situaciones que recrea. Así, su pasión por la lectura, por la literatura, que comparte, como todos, con el recordado Arreola, lo ha llevado a alternar su vocación de escritor, editor, promotor de la lectura, con la del profesor para quien el compromiso mayor es el que se vive en el instante, en el lapso que dura la clase. Como parte de nuestra sociedad y nuestra cultura fragmentada, durante un tiempo de las horas hábiles, Felipe Garrido comparte su riquísima experiencia literaria con el grupo de alumnos que tiene delante. **U**

Texto leído en el homenaje *Felipe Garrido, la Musa y el Garabato*, que se llevó a cabo los días 24 y 25 de marzo en el Centro de Enseñanza para Extranjeros para celebrar los treinta años de vida académica de Felipe Garrido en la UNAM. Las fotografías de Claudia Flores Lobatón que acompañan este texto retratan la exposición *De aire cincelada*, cuya inauguración tuvo lugar el 24 de marzo en el mismo Centro.